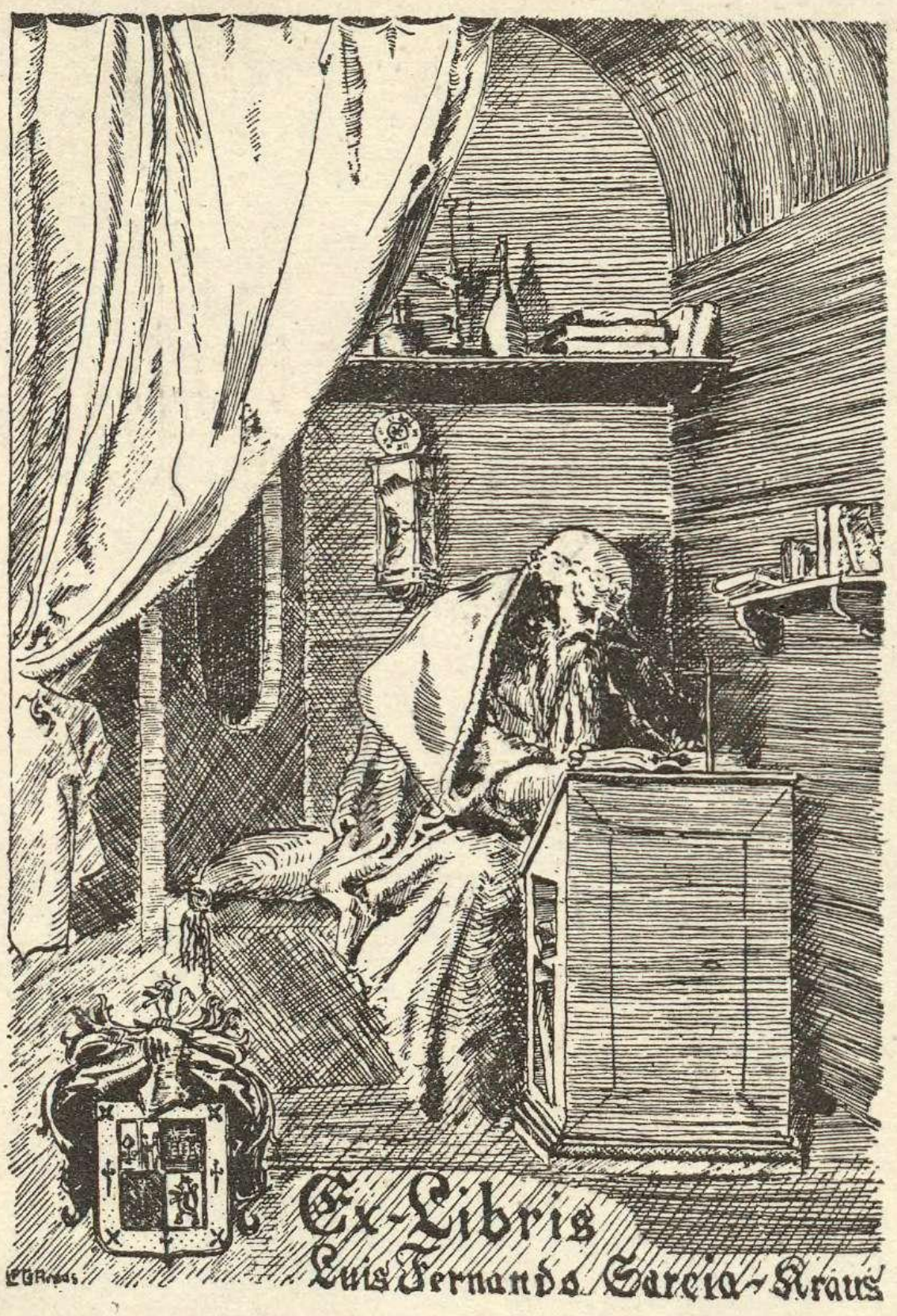
PERSILES

Y

SIGISMUN

1


Ex-Libris
Luis Fernando Garcia-Kraus

A-3322/1 R
18114 8

Historia
de los trabajos de
PERSILES Y SIGISMUNDA
Por
MIGUEL CERVANTES SAAVEDRA.

TOMO 1º.

AÑO DE 1805.

Historia

de la Vida y de

PERSILES Y SIGISMUNDA

Por

MIGUEL CERVANTES SAAVEDRA

Tomo I.º

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUIN LEGUINA
Comunidad de Madrid

PRÓLOGO
DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Sucedió, pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquibias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linages, y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venia picando con gran priesa uno que al parecer traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró, dándonos voces que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparas, zapato redondo, y espada con contera, balona bruñida, y con trenzas iguales: verdad es no

traía mas de dos, porque se le venia á un lado la balona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla. Llegando á nosotros, dixo: vuesas mercedes van á alcanzar algun oficio ó prebenda á la corte? pues allá está su ilustrísima de Toledo y su magestad, ni mas ni ménos, segun la priesa con que caminan: que en verdad que á mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez. A lo que respondió uno de mis compañeros: el rocin del señor Miguel de Cervántes tiene la culpa de esto, porque es algo qué pasilargo. Apénas hubo oido el estudiante el nombre de Cervántes, quando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el coxin, y allí el portamanteo, que con toda esta

autoridad caminaba, arremetió á mí, y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dixo: ¿sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas. Yo que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas; y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la balona, le dixe: ese es un error, donde han caido muchos aficionados ignorantes. Yo, señor, soy Cervántes, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demas baratijas que ha dicho vuesa merced. Vuelva á cobrar su burra, y suba, y caminemos en buena conversacion lo poco que nos falta del camino. Hízolo así el comedido estudiante:

tuvimos algun tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el qual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desaució al momento, diciendo: esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanara toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervántes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará, sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo; pero así puedo dexar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido: mi vida se va acabando, y al paso de las efemeridas de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto

ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. En esto llegamos á la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchalla. Tornéle á abrazar, volvióseme á ofrecer, picó á su burra, y dexóme tan mal dispuesto, como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donayres, pero no son todos los tiempos unos: tiempo vendrá quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y lo que sé convenia. A Dios

gracias, á Dios donayres, á Dios regocijados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos y en la otra vida.

LIBRO PRIMERO
DE LA HISTORIA
DE LOS TRABAJOS
DE PERSILES Y SIGISMUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

Sacan á Periandro de la prision: échanle al mar en una balsa: corre tormenta, y es socorrido de un navío.

Voces daba el bárbaro Corcicurbo á la estrecha boca de una profunda mazmorra, ántes sepultura que prision de muchos cuerpos vivos que en ella estaban sepultados; y aunque su terrible y espantoso estruendo cerca y léjos se escuchaba, de nadie eran entendidas particularmente las razones que pronunciaba, sino de la miserable Cloelia, á

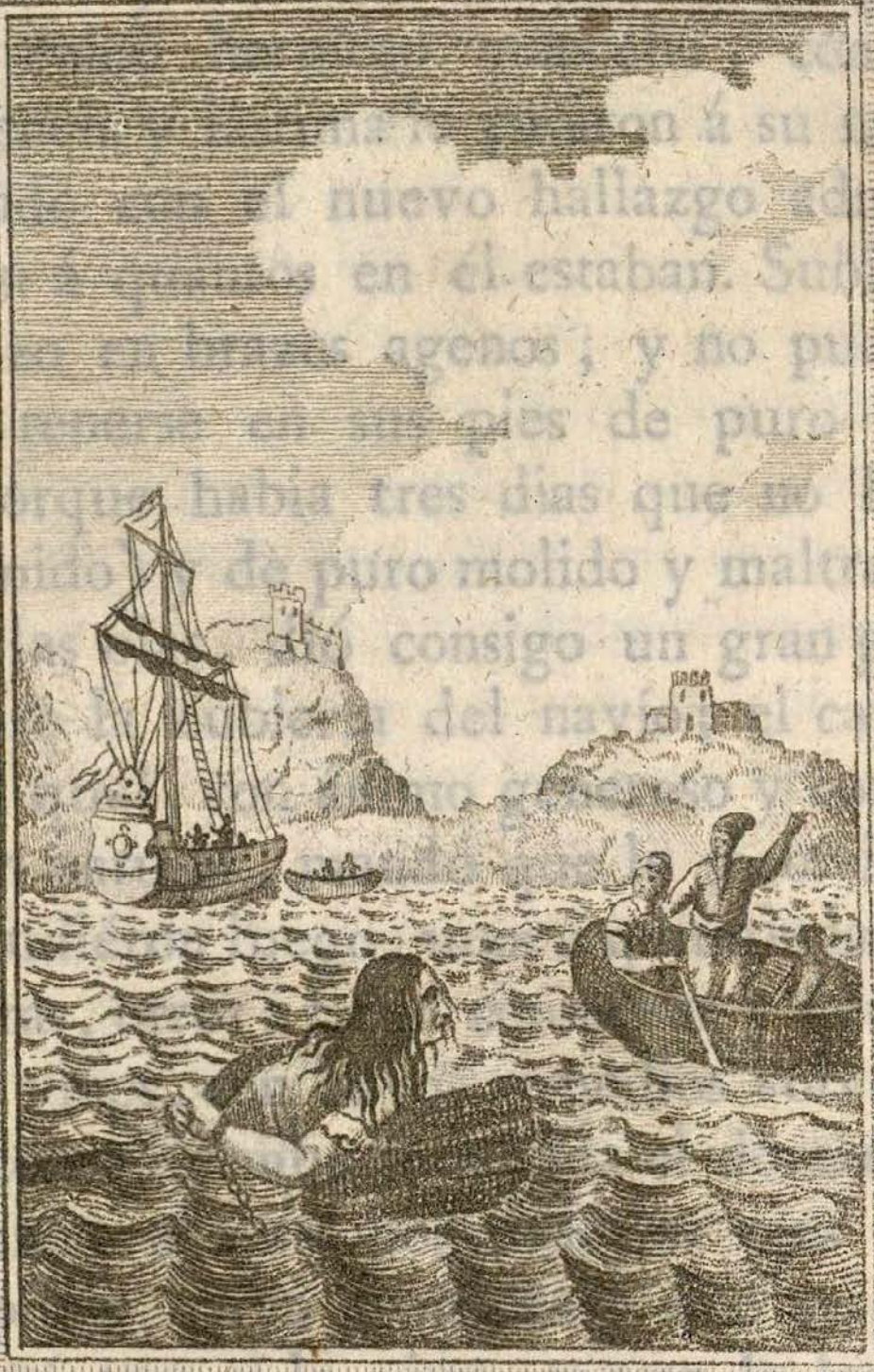
quien sus desventuras en aquella profundidad tenian encerrada. Haz, ó Cloelia (decia el bárbaro) que así como está ligadas las manos atrás, salga acá arriba atado á esa cuerda que descuelgo, aquel mancebo que habrá dos dias que te entregamos: y mira bien si entre las mugeres de la pasada presa hay alguna que merezca nuestra compañía, y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre, y del ayre saludable que nos rodea. Descolgó en esto una gruesa cuerda de cáñamo, y de allí á poco espacio él y otros quatro bárbaros tiráron hácia arriba, en la qual cuerda, ligado por debaxo de los brazos, sacáron asido fuertemente á un mancebo, al parecer de hasta diez y nueve ó veinte años, vestido de lienzo basto, como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento. Lo primero que hiciéron los bárbaros fué requerir las esposas y cordeles con que á las espaldas traía ligadas las manos. Luego le sacudiéron los cabellos, que como infinitos anillos de puro oro la cabeza le cubrian: limpiá-

ronle el rostro, que cubierto de polvo tenia, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió y enterneció los pechos de aquellos que para ser verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante género de afliccion alguna, ántes con ojos al parecer alegres alzó el rostro, y miró al cielo por todas partes, y con voz clara y no turbada lengua, dixo: gracias os hago, ó inmensos y piadosos cielos, de que me habeis traido á morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos obscuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran. Bien queria yo no morir desesperado, á lo ménos porque soy cristiano; pero mis desdichas son tales, que me llaman y casi fuerzan á desearlo. Ninguna de estas razones fué entendida de los bárbaros, por ser dichas en diferente lenguage que el suyo, y así cerrando primero la boca de la mazmorra con una gran piedra, y cogiendo al mancebo sin desatarle, entre los quatro llegáron con él á la marina, donde

tenian una balsa de maderos, atados unos con otros con fuertes bexucos y flexîbles mimbres. Este artificio les servia, como luego pareció, de baxel en que pasaban á otra isla, que no dos millas ó tres de allí se parecia. Saltáron luego en los maderos, y pusiéron en medio de ellos sentado al prisionero, y luego uno de los bárbaros asió de un grandísimo arco que en la balsa estaba, y poniendo en él una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le echó, y encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dando señales y muestras de que ya le queria pasar el pecho. Los bárbaros que quedaban asiéron de tres palos gruesos, cortados á manera de remos, y el uno se puso á ser el timonero, y los dos á encaminar la balsa á la otra isla. El hermoso mozo, que por instantes esperaba y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogia los hombros, apretaba los labios, enarcaba las cejas, y con silencio profundo dentro en su corazon pedia al cielo, no que le librase de

aquel tan cercano como cruel peligro, sino que le diese ánimo para sufrirlo. Viendo el qual el bárbaro flechero, y sabiendo que no habia de ser aquel el género de muerte con que le habian de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazon, no quiso darle dilatada muerte, teniéndole siempre encarada la flecha al pecho, y así arrojó de sí el arco, y llegándose á él, por señas como mejor pudo, le dió á entender que no queria matarle. En esto estaban, quando los maderos llegáron á la mitad del estrecho que las dos islas formaban, en el qual de improviso se levantó una borrasca, que sin poder remediarlo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligáron y dividiéron en partes, quedando en la una (que sería de hasta seis maderos compuesta) el mancebo, que de otra muerte que de ser anegado tan poco habia que estaba temeroso. Levantáron remolinos las aguas, peleáron entre sí los contrapuestos vientos, anegáronse los bárbaros, saliéron

los leños del atado prisionero al mar abierto, pasábanle las olas por encima, no solamente impidiéndole ver el cielo, pero negándole el poder pedirle tuviese compasion de su desventura; y sí tuvo, pues las continuas y furiosas ondas que á cada punto le cubrian, no le arrancáron de los leños y se le lleváron consigo á su abismo, que como llevaba atadas las manos á las espaldas, ni podia asirse, ni usar de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho salió á lo raso del mar, que se mostró algun tanto sosegado y tranquilo, al volver una punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se encaminá-ron, y del furioso mar se defendiéron. Sentóse el fatigado jóven, y tendiendo la vista á todas partes, casi junto á él descubrió un navío, que en aquel reposo del alterado mar, como en seguro puerto se reparaba. Descubriéron asímismo los del navío los maderos, y el bulto que sobre ellos venia, y por certificarse qué podia ser aquello, echáron el esquife al agua, y llegáron á



Los del navio descubrieron al fatigado joven y le recogieron en su esquife.

J. Cerrud dib. N. Cobo sc.

verlo: y hallando allí al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia y lástima le pasáron á su navío, dando con el nuevo hallazgo admiracion á quantos en él estaban. Subió el mozo en brazos agenos, y no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco (porque habia tres dias que no habia comido) y de puro molido y maltratado de las olas, dió consigo un gran golpe sobre la cubierta del navío; el capitan del qual, con ánimo generoso y compasion natural, mandó que le socorriesen. Acudiéron luego, unos á quitarle las ataduras, otros á traer conservas y odoríferos vinos, con cuyos remedios volvió en sí como de muerte á vida el desmayado mozo, el qual poniendo los ojos en el capitan, cuya gentileza y rico trage le llevó tras sí la vista, y aun la lengua, le dixo: los piadosos cielos te paguen, piadoso señor, el bien que me has hecho, que mal se pueden llevar las tristezas del ánimo, si no se esfuerzan los descaecimientos del cuerpo. Mis desdichas me tienen de manera, que no te

puedo hacer ninguna recompensa de este beneficio, sino es con el agradecimiento: y si se sufre que un pobre afligido pueda decir de sí mismo alguna alabanza, yo sé que en ser agradecido ninguno en el mundo me podrá llevar alguna ventaja. Y en esto probó á levantarse para ir á besarle los pies; mas la flaqueza no se lo permitió, porque tres veces lo probó, y otras tantas volvió á dar consigo en el suelo. Viendo lo qual el capitan, mandó que le llevasen debaxo de cubierta, y le echasen en dos transportines, y que quitándole los mojados vestidos, le vistiesen otros enjutos y limpios, y le hiciesen descansar y dormir. Hízose lo que el capitan mandó, obedeció callando el mozo, y en el capitan creció la admiracion de nuevo, viéndolo levantar en pie con la gallarda disposicion que tenia, y luego le comenzó á fatigar el deseo de saber de él lo mas presto que pudiese, quién era, cómo se llamaba, y de qué causas habia nacido el efecto que en tanta estrecheza le habia puesto; pero exce-

ciendo su cortesía á su deseo, quiso que primero se acudiese á su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

CAPITULO II.

Dase noticia de quien era el capitan del navío: cuenta Taurisa á Periandro el robo de Auristela: ofrécese él para buscarla ser vendido á los bárbaros.

Reposando dexáron los ministros de la nave al mancebo en cumplimiento de lo que su señor les habia mandado; pero como le acosaban varios y tristes pensamientos, no podia el sueño tomar posesion de sus sentidos, ni ménos lo consintiéron unos congojosos suspiros, y unas angustiadas lamentaciones que á sus oidos llegáron, á su parecer salidos de entre unas tablas de otro apartamiento que junto al suyo estaba, y poniéndose con grande atencion á escucharlas, oyó que decian: en triste y menguado signo mis padres me engendráron, y en no benigna estrella mi madre me arro-

jó á la luz del mundo; y bien digo arrojó, porque nacimiento como el mio, ántes se puede decir arrojar que nacer. Libre pensé yo que gozara de la luz del sol en esta vida; pero engañóme mi pensamiento, pues me veo á pique de ser vendida por esclava: ¡desventura á quien ninguna puede compararse! O tú, quien quiera que seas, dixo á esta sazon el mancebo, si es, como decirse suele, que las desgracias y trabajos quando se comunican suelen aliviarse; llégate aquí, y por entre los espacios descubiertos de estas tablas cuéntame los tuyos, que si en mí no hallares alivio, hallarás quien de ellos se compadezca. Escucha, pues, le fué respondido, que en las mas breves razones te contaré las sinrazones que la fortuna me ha hecho; pero querria saber primero á quien las cuento. Dime si eres por ventura un mancebo que poco ha halláron medio muerto en unos maderos, que dicen sirven de barcos á unos bárbaros que están en esta isla, donde habemos dado fondo, re-

parándonos de la borrasca que se ha levantado? El mismo soy, respondió el mancebo. ¿Pues quien eres, preguntó la persona que hablaba? Dixératelo, si no quisiera que primero me obligaras con contarme tu vida, que por las palabras que poco ha que te oí decir, imagino que no debe de ser tan buena como quisieras. A lo que le respondiéron: escucha, que en cifra te diré mis males. El capitan y señor de este navío se llama Arnaldo, es hijo heredero del rey de Dinamarca, á cuyo poder vino por diferentes y extraños acontecimientos una principal doncella, á quien yo tuve por señora, á mi parecer de tanta hermosura, que entre las que hoy viven en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginacion el mas agudo entendimiento, puede llevar la ventaja: su discrecion iguala á su belleza, y sus desdichas á su discrecion y á su hermosura: su nombre es Auristela, sus padres de linage de reyes, y de riquísimo estado. Esta pues, á quien todas estas alabanzas vienen cor-

tas, se vió vendida, y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco y con tantas veras la amó y la ama, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esta con voluntad del rey, padre de Arnaldo, que juzgó que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho mas que ser reyna merecian; pero ella se defendia, diciendo no ser posible romper un voto que tenia hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera, si bien la solicitasen promesas, ó amenazasen muertes; pero no por esto ha dexado Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas á la variacion de los tiempos, y á la mudable condicion de las mugeres: hasta que sucedió, que andando mi señora Auristela por la ribera del mar solazándose, no como esclava, sino como reyna, llegáron unos baxeles de corsarios y la robáron, y lleváron no se sabe adonde. El príncipe Arnaldo imaginando que estos corsarios eran

los mismos que la primera vez se la vendiéron, los quales corsarios andan por todos estos mares, ínsulas y riberas robando ó comprando las mas hermosas doncellas que hallan, para traerlas por grangería á vender á esta ínsula donde dicen que estamos; la qual es habitada de unos bárbaros, gente indómita y cruel: los quales tienen entre sí por cosa inviolable y cierta (persuadidos, ó ya del demonio, ó ya de un antiguo hechicero, á quien ellos tienen por sapientísimo varon) que de entre ellos ha de salir un rey que conquiste y gane gran parte del mundo. Este rey que esperan no saben quien ha de ser, y para saberlo, aquel hechicero les dió esta órden: que sacrificasen todos los hombres que á su ínsula llegasen, de cuyos corazones, digo de cada uno de por sí, hiciesen polvos y los diesen á beber á los bárbaros mas principales de la ínsula, con expresa órden que el que los pasase sin torcer el rostro, ni dar muestra de que le sabia mal, le alzasen por su rey; pero no ha de ser este

el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo. Tambien les mandó que tuviesen en la isla todas las doncellas que pudiesen ó comprar ó robar, y que la mas hermosa de ellas se la entregasen luego al bárbaro, cuya sucesion valerosa prometia la bebida de los polvos. Estas doncellas, compradas ó robadas, son bien tratadas de ellos, que solo en esto muestran no ser bárbaros; y las que compran son á subidísimos precios, que los pagan en pedazos de oro sin cuño, y en preciosísimas perlas, de que los mares de las riberas de estas islas abundan: y á esta causa, llevados de este interes y ganancia, muchos se han hecho corsarios y mercaderes. Arnaldo, pues, que como te he dicho, ha imaginado que en esta isla podria ser que estuviese Auristela, mitad de su alma, sin la qual no puede vivir, ha ordenado, para certificarse de esta duda, de venderme á mí á los bárbaros, porque quedando yo entre ellos, sirva de espía de saber lo que desea, y no espera otra cosa sino que el mar se amanse,

para hacer esclava y concluir su venta. Mira, pues, si con razon me quejo, pues la ventura que me aguarda es venir á vivir entre bárbaros; que de mi hermosura no me puedo prometer venir á ser reyna, especialmente si la corta suerte hubiese traido á esta tierra á mi señora la sin par Auristela. De esta causa naciéron los suspiros que me has oido, y de estos temores las quejas que me atormentan. Calló en diciendo esto, y al mancebo se le atravesó un ñudo en la garganta: pegó la boca con las tablas, que humedeció con copiosas lágrimas, y al cabo de un pequeño espacio le preguntó, si por ventura tenia algunos barruntos de que Arnaldo hubiese gozado de Auristela, ó ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, desdeñase á Arnaldo, y no admitiese tan gran dádiva como la de un reyno; porque á él le parecia que tal vez las leyes del gusto humano tienen mas fuerza que las de religion. Respondióle: que aunque ella imaginaba que el tiempo habia podido dar á Au-

ristela ocasion de querer bien á un tal Periandro que la habia sacado de su patria, caballero generoso, dotado de todas las partes que le podian hacer amable de todos aquellos que le conociesen, nunca se le habia oido nombrar en las continuas quejas que de sus desgracias daba al cielo, ni en otro modo alguno. Preguntóle si conocia ella á aquel Periandro que decia: díxole que no, sino que por relacion sabia ser el que llevó á su señora, á cuyo servicio ella habia venido despues que Periandro por un extraño acontecimiento la habia dexado. En esto estaban, quando de arriba llamáron á Taurisa, que este era el nombre de la que sus desgracias habia contado, la qual oyéndose llamar, dixo: sin duda alguna el mar está manso, y la borrasca quieta, pues me llaman para hacer de mí la desdichada entrega; á Dios te queda, quien quiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado, para que los polvos de tu abrasado corazon testifiquen esta vanidad é impertinente profecía; que tambien estos in-

solentes moradores de esta ínsula buscan corazones que abrasar, como doncellas que guardar para lo que procuran. Apartáronse, subió Taurisa á la cubierta, quedó el mancebo pensativo, y pidió que le diesen de vestir, que queria levantarse: truxéronle un vestido de damasco verde, cortado al modo del que él habia traido de lienzo. Subió arriba, recibióle Arnaldo con agradable semblante, sentóle junto á sí, vistiéron á Taurisa rica y gallardamente, al modo que suelen vestirse las ninfas de las aguas, ó las Amadríades de los montes. En tanto que esto se hacia con admiracion del mozo, Arnaldo le contó todos sus amores y sus intentos, y aun le pidió consejo de lo que haria, y le preguntó si los medios que ponia para saber de Auristela iban bien encaminados. El mozo, que del razonamiento que habia tenido con Taurisa, y de lo que Arnaldo le contaba, tenia el alma llena de mil imaginaciones y sospechas, discurriendo con velocísimo curso del entendimiento lo que podria suceder si

acaso Auristela entre aquellos bárbaros se hallase, le respondió: señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar; pero tengo voluntad que me mueve á servirte, que la vida que me has dado con el recibimiento, y mercedes que me has hecho, me obligan á emplearla en tu servicio. Mi nombre es Periandro, de nobilísimos padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi desventura y mis desgracias, las quales por ser tantas, no conceden lugar ahora para contarlas. Esa Auristela que buscas es una hermana mia, que tambien yo ando buscando, que por varios acontecimientos ha un año que nos perdimos. Por el nombre, y por la hermosura que me encareces, conozco sin duda que es mi perdida hermana, que daria por hallarla no solo la vida que poseo, sino el contento que espero recibir de haberla hallado, que es lo mas que puedo encarecer: y así como tan interesado en este hallazgo, voy escogiendo entre muchos medios que en la imaginacion fabrico éste; que aunque venga á ser con

mas peligro de mi vida, será mas cierto y mas breve. Tú, señor Arnaldo, estás determinado de vender esta doncella á estos bárbaros, para que estando en su poder, vea si está en el suyo Auristela; de que te podrás informar volviendo otra vez á vender otra doncella á los mismos bárbaros, y á Taurisa no le faltará modo, ó dará señales si está ó no Auristela con las demas, que para el efecto que se sabe los bárbaros guardan, y con tanta solicitud compran. Así es la verdad, dixo Arnaldo, y he escogido ántes á Taurisa que á otra, de quatro que van en el navío para el mismo efecto, porque Taurisa la conoce, que ha sido su doncella. Todo esto está muy bien pensado, dixo Periandro; pero yo soy de parecer que ninguna persona hará esa diligencia tan bien como yo, pues mi edad, mi rostro, el interes que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela, me está incitando á aconsejarme que tome sobre mis hombros esta empresa. Mira, señor,

si vienes en este parecer, y no lo dilates, que en los casos árduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra. Quedáronle á Arnaldo las razones de Periandro, y sin reparar en algunos inconvenientes que se le ofrecian, las puso en obra, y de muchos y ricos vestidos de que venia proveido por si hallaba á Auristela, vistió á Periandro, que quedó al parecer la mas gallarda y hermosa muger que hasta entónces los ojos humanos habian visto, pues si no era la hermosura de Auristela, ninguna otra podia igualársele. Los del navío quedáron admirados, Taurisa atónita, el príncipe confuso; el qual, á no pensar que era hermano de Auristela, el considerar que era varon, le traspasara el alma con la dura lanza de los zelos, cuya punta se atreve á entrar por las del mas agudo diamante: quiero decir, que los zelos rompen toda seguridad y recato, aunque de él se armen los pechos enamorados. Finalmente, hecho el metamórfosis de Periandro, se hiciéron un poco á la mar,

para que de todo en todo de los bárbaros fuesen descubiertos. La priesa con que Arnaldo quiso saber de Auristela, no consintió en que preguntase primero á Periandro, quién eran él y su hermana, y por qué trances habian venido al miserable en que le habia hallado; que todo esto, segun buen discurso, habia de preceder á la confianza que de él hacia: pero como es propia condicion de los amantes ocupar los pensamientos, ántes en buscar los medios de alcanzar el fin de su deseo, que en otras curiosidades, no le dió lugar á que preguntase lo que fuera bien que supiera, y lo que supo despues, quando no le estuvo bien el saberlo. Alongados, pues, un tanto de la isla, como se ha dicho, adornáron la nave con flámulas y gallardetes, que ellos azotando el ayre, y ellas besando las aguas, hermosísima vista hacian. El mar tranquilo, el cielo claro, el son de las chirimías, y de otros instrumentos tan bélicos como alegres suspendian los ánimos; y los bárbaros, que no de muy léjos lo miraban, quedáron

mas suspensos, y en un momento coronáron la ribera armados de arcos y saetas de la grandeza que otra vez se ha dicho. Poco ménos de una milla llegaba la nave á la isla, quando disparando toda la artillería, que traía mucha y gruesa, arrojó el esquife al agua, y entrando en él Arnaldo, Taurisa y Periandro, y otros seis marineros, pusiéron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venian de paz, como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra; y lo que en esta les sucedió se cuenta en el capítulo que se sigue.

CAPITULO III.

Vende Arnaldo á Periandro en la isla bárbara vestido de muger.

Como se iba acercando el barco á la ribera, se iban apiñando los bárbaros, cada uno deseoso de saber, primero que viese, lo que en él venia: y en señal que lo recibirian de paz y no de guerra, sacáron muchos lienzos y los cam-

...mar
...era, confiando mas en la benigni... da
...d de los cielos que en la fuerza de
mis brazos: los quales ya cansados y fla...
...vigor la grande del continuo trabajo, aban-
donáron los remos, y quitándolos de los es-
...calamos, y los puse dentro la barca...
para servirme de ellos quando el m...
...mar ...lo consintiese, ó las fuerzas me...
...avu... dasen... Tendíme de largo a...
...largo de espaldas en la barca..., cerré
...los ojos, y puesto secreto de mi cor...
...azon no que...

dó santo en el cielo á quien no llamase en mi ayuda: y en mitad de este aprieto, y en medio de esta necesidad (cosa dura de creer) me sobrevino un sueño tan pesado, que horrándome de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido (tales son las fuerzas de lo que pide y ha menester nuestra naturaleza), pero allá en el sueño me representaba la imaginacion mil géneros de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas de ellas me parecia que me comian lobos y despedazaban fieras; de modo, que dormido y despierto era una muerte dilatada mi vida. De este no apacible sueño me despertó con sobresalto una furiosa ola del mar, que pasado por cima de la barca, la llenó de agua; reconocia el peligro, volví como mejor pude el mar al mar, torné á valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecháron: ví que el mar se ensoberbecia azotado y herido de un viento ábrego, que en aquellas partes parece que mas que en otros mares muestra su poderío. Ví que era sim-

pleza oponer mi débil barca á su furia, y con mis flacas y desmayadas fuerzas á su rigor; y así torné á recoger los remos, y á dexar correr la barca por donde las olas y el viento quisiesen llevarla. Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos; no de temor de la muerte, que tan cercana se mostraba, sino por el de la pena que mis malas obras merecian. Finalmente, no sé á cabo de quantos dias y noches que anduve vagamundo por el mar, siempre mas inquieto y alterado, me vine á hallar junto á una isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos que por ella á manadas discurrian. Lleguéme al abrigo de una peña, que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra por temor de los animales que habia visto. Comí del bizcocho ya remojado, que la necesidad y la hambre no repara en nada. Llegó la noche ménos obscura que habia sido la pasada: pareció que el mar se sosegaba, y prometia mas quietud el venidero dia. Mi-

ré al cielo, ví las estrellas con aspecto de prometer bonanza en las aguas y sosiego en el ayre. Estando en esto, me pareció, por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servia de puerto se coronaba de los mismos lobos que en la marina habia visto, y que uno de ellos (como es la verdad) me dixo en voz clara y distinta, y en mi propia lengua: español, hazte á lo largo, y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en esta morir hecho pedazos por nuestras uñas y dientes; y no preguntes quien es el que esto te dice, sino da gracias al cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras. Si quedé espantado ó no, á vuestra consideracion lo dexo; pero no fué bastante la turbacion mia para dexar de poner en obra el consejo que se me habia dado. Apreté los escalamos, até los remos, esforcé los brazos, y salí al mar descubierto. Mas como suele acontecer que las desdichas y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no os podré decir quantos fuéron los dias que andu-

ve por aquellos mares tragando, no una sino mil muertes á cada paso: hasta que arrebatada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallé en esta isla, donde di al través con ella en la misma parte y lugar adonde está la boca de la cueva por donde aquí entrasteis. Llegó la barca á dar casi en seco por la cueva adentro, pero volvíala á sacar la resaca: viendo yo lo qual, me arrojé de ella, y clavando las uñas en la arena, no di lugar á que la resaca al mar me volviese: y aunque con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla, holgué de mudar género de muerte y quedarme en tierra, que como se dilate la vida, no se desmaya la esperanza. A este punto llegaba el bárbaro español, que este título le daba su trage, quando en la estancia mas adentro, donde habian dexado á Cloelia, se oyéron tiernos gemidos y sollozos. Acudiéron al instante con luces Auristela, Periandro, y todos los demas á ver qué sería, y halláron que Cloelia, arrima-

das las espaldas á la peña, sentada en las pieles, tenia los ojos clavados en el cielo, y casi quebrados. Llegóse á ella Auristela, y á voces compasivas y dolorosas le dixo: ¿que esto, ama mia? Cómo, ¿y es posible que me quereis dexar en esta soledad, y á tiempo que mas he menester valerme de vuestros consejos? Volvió en sí algun tanto Cloelia, y tomando la mano de Auristela, le dixo: ves ahí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo: yo quisiera que mi vida durara hasta que la tuya se viere en el sosiego que merece; pero si no lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor, que es en mi mano, le ofrezco mi vida: lo que te ruego es, señora mia, que quando la buena suerte quisiere (que sí querrá) que te veas en tu estado, y mis padres aún fueren vivos ó alguno de mis parientes, les digas como yo muero cristiana en la fe de Jesucristo, y en la que tiene, que es la misma, la santa iglesia católica romana; y no te digo mas porque no puedo. Esto dicho,

y muchas veces pronunciando el nombre de Jesus, cerró los ojos en tenebrosa noche, á cuyo espectáculo tambien cerró los suyos Auristela con un profundo desmayo. Hiciéronse fuentes los de Periandro, y rios los de los circunstantes. Acudió Periandro á socorrer á Auristela, la qual vuelta en sí acrecentó las lágrimas, y comenzó suspiros nuevos, y dixo razones que movieran á lástima á las piedras. Ordenóse que otro dia la sepultasen, y quedando en guarda del cuerpo muerto la doncella bárbara y su hermano, los demas se fuéron á reposar lo poco que de la noche les faltaba.

CAPITULO VI.

Donde el bárbaro español prosigue su historia.

Tardó aquel dia en mostrarse al mundo, al parecer mas de lo acostumbrado, á causa que el humo y pavesas del incendio de la isla, que aún duraba, impedia que los rayos del sol por aque-

lla parte no pasasen á la tierra. Mandó el bárbaro español á su hijo que saliese de aquel sitio, como otras veces salia, y se informase de lo que en la isla pasaba. Con alborotado sueño pasáron los demas aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia no consintió que Auristela durmiese; y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia á Periandro, el qual con Auristela salió al raso de aquel sitio, y vió que era hecho y fabricado de la naturaleza, como si la industria y el arte lo hubieran compuesto. Era redondo, cercado de altísimas y peladas peñas, y á su parecer tanteó que baxaba poco mas de una legua, todo lleno de árboles silvestres, que ofrecian frutos, si bien ásperos, comestibles á lo ménos. Estaba crecida la yerba, porque las muchas aguas que de las peñas salian la tenian en perpetua verdura, todo lo qual le admiraba y suspendia; y llegó en esto el bárbaro español, y dixo: venid, señores, y darémos sepultura á la difunta, y fin á mi comenza-

da historia. Hiciéronlo así, y enterráron á Cloelia en lo hueco de una peña, cubriéndola con tierra y con otras peñas menores. Auristela le rogó que le pusiese una cruz encima para señal de que aquel cuerpo habia sido cristiano. El español respondió que él traería una gran cruz que en su estancia tenia, y la pondria encima de aquella sepultura. Diéronle todos el último vale: renovó el llanto Auristela, cuyas lágrimas sacáron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto pues que el mozo bárbaro volvia, se volviéron todos á encerrar en el cóncavo de la peña donde habian dormido por defenderse del frio que con rigor amenazaba; y habiéndose sentado en las blandas pieles, pidió el bárbaro silencio, y prosiguió su cuento en esta forma.

Quando me dexó la barca en que venia en la arena, y la mar tornó á cobrarla, ya dixe que con ella se me fué la esperanza de la libertad, pues aún ahora no la tengo de cobrarla. Entré aquí dentro, vi este sitio, y parecióme que la naturaleza le habia hecho

y formado para ser teatro donde se representase la tragedia de mis desgracias. Admiróme el no ver gente alguna, sino algunas cabras monteses, y animales pequeños de diversos géneros: rodeé todo el sitio, hallé esta cueva cavada en estas peñas, y señaléla para mi morada. Finalmente, habiéndolo rodeado todo, volví á la entrada que aquí me habia conducido, por ver si oía voz humana, ó descubria quien me dixese en qué parte estaba: y la buena suerte, y los piadosos cielos, que aun del todo no me tenian olvidado, me depararon una muchacha bárbara de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando. Pasmóse viéndome, pegáronsele los pies en la arena, soltó las cogidas conchuelas, y derramósele el marisco: y cogiéndola entre mis brazos, sin decirla palabra, ni ella á mí tampoco, me entré por la cueva adelante, y la truxe á este mismo lugar donde ahora estamos: púsela en el sue-

lo, beséle las manos, halaguéle el rostro con las mias, é hice todas las señales y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella. Ella, pasado aquel primer espanto, con atentísimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo: y de quando en quando, ya perdido el miedo, se reía y me abrazaba, y sacando del seno una manera de pan hecho á su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y á lo que despues acá he sabido, en lo que decia me rogaba que comiese: yo lo hice así, porque lo habia bien menester. Ella me asió de la mano, y me llevó á aquel arroyo que allí está, donde asímismo por señas me rogó que bebiese. Yo no me hartaba de mirarla, pareciéndome ántes angel del cielo, que bárbara de la tierra. Volví á la entrada de la cueva, y allí con señas y con palabras, que ella no entendia, le supliqué, como si ella las entendiera, que volviese á verme. Con esto la abracé de nuevo, y ella, sim-

ple y piadosa, me besó en la frente, y me hizo claras y ciertas señas de que volveria á verme. Hecho esto, torné á pisar este sitio, y á requerir y probar la fruta, de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas, y algunas peras silvestres: di gracias á Dios del hallazgo, y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio. Pasé aquella noche en este mismo lugar, esperé el dia, y en él esperé tambien la vuelta de mi bárbara hermosa, de quien comencé á temer y á rezelar que me habia de descubrir y entregarme á los bárbaros, de quienes imaginé estar llena esta isla; pero sacóme de este temor el verla volver algo entrado el dia, bella como el sol, mansa como una cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen. Aquí llegaba de su historia el español gallardo, quando llegó el que habia ido á saber lo que en la isla pasaba, el qual dixo, que casi toda estaba abrasada, y todos ó los mas de los

bárbaros muertos, unos á hierro, y otros á fuego, y que si algunos habia vivos, eran los que en algunas balsas de maderos se habian entrado en el mar por huir en el agua el fuego de la tierra: que bien podian salir de allí y pasear la isla por la parte que el fuego les diese licencia, y que cada uno pensase qué remedio se tomaria para escapar de aquella tierra maldita: que por allí cerca habia otras islas de gente ménos bárbara habitadas; que quizá mudando de lugar mudarian de ventura. Sosiégate, hijo, un poco, que estoy dando cuenta á estos señores de mis sucesos, y no me falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas. No te canses, señor mio, dixo la bárbara grande, en referirlos tan por extenso, que podrá ser que te canses, ó que canses: déxame á mí que cuente lo que queda, á lo ménos hasta este punto en que estamos. Soy contento, respondió el español, porque me le dará muy grande el ver como las relatas. Es pues el caso, replicó la bárbara, que mis muchas entradas y sali-

das en este lugar, le diéron bastante para que de mí y de mi esposo naciesen esta muchacha y este niño. Llámo esposo á este señor, porque ántes que me conociese del todo, me dió palabra de serlo, al modo que él dice que se usa entre verdaderos cristianos; háme enseñado su lengua, y yo á él la mia, y en ella asímismo me enseñó la ley católica cristiana: dióme agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran: declaróme su fe como él la sabe, la qual yo asenté en mi alma y en mi corazon, donde le he dado el crédito que he podido darle. Creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero: y que aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo, no son tres Dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero. Finalmente, creo todo lo que tiene y cree la santa iglesia católica ro-

mana, regida por el Espíriru Santo, y gobernada por el sumo Pontífice, vicario y vicerey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de San Pedro, su primer Pastor despues de Jesucristo, primero y universal Pastor de su esposa la iglesia. Díxome grandezas de la siempre Virgen María, reyna de los cielos, y Señora de los ángeles y nuestra; tesoro del Padre, relicario del Hijo, y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas, que no las digo, por parecerme que las dichas bastan, porque entendais que soy católica cristiana. Yo, simple y compasiva, le entregué una alma rústica, y él (merced á los cielos) me la ha vuelto discreta cristiana. Entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia á nadie, y de este entrego resultó haberle dado dos hijos como los que aquí veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero. En veces le truxe alguna cantidad de oro de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que

yo tengo guardadas, esperando el dia que ha de ser tan dichoso que nos saque de esta prision, y nos lleve adonde con libertad y certeza, y sin escrúpulo seamos unos de los del rebaño de Cristo, en quien adoro, en aquella cruz que allí veis. Esto que he dicho, me pareció á mí era lo que le faltaba por decir á mi señor Antonio (que así se llamaba el español bárbaro), el qual dixo: dices verdad, Ricla mia (que este era el propio nombre de la bárbara), con cuya variable historia admiráron á los presentes, y despertáron mil alabanzas que les diéron, y mil buenas esperanzas que les anunciáron: especialmente Auristela, que quedó aficionadísima á las dos bárbaras, madre é hija. El mozo bárbaro, que tambien, como su padre, se llamaba Antonio, dixo á esta sazon no ser bien estarse allí ociosos, sin dar traza y órden como salir de aquel encerramiento: porque si el fuego de la isla, que á mas andar ardia, sobrepujase las altas sierras, ó traidas del viento cayesen en

aquel sitio, todos se abrasarian. Dices verdad, hijo, respondió el padre. Soy de parecer, dixo Ricla, que aguardemos dos dias, porque de una isla que está tan cerca de esta, que algunas veces estando el sol claro y el mar tranquilo alcanzó la vista á verla, de ella vienen á esta sus moradores á vender y trocar lo que tienen con lo que tenemos y á trueco por trueco. Yo saldré de aquí; y pues ya no hay nadie que me escuche ó que me impida, pues ni oyen, ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo, de la rigurosidad del fuego. Pero quiero que sepais que estas barcas son fabricadas de madera, y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes á defender que no entre agua por los costados; pero á lo que he visto y notado, nunca ellos navegan sino con mar sosegado, y no traen aquellos lienzos que he visto que traen otras bar-